

todas las cumbres físicas y espirituales a que lo lleva el relato de esta vida ejemplar. Habríamos deseado que el señor Oropesa hubiera sido algo más prolijo, pues a veces pasa con rapidez un poco cinematográfica sobre hechos importantes que debieron moldear tempranamente el alma del héroe. Es probable que no esté agotado el tema, pero se ha ofrecido a los estudiosos y a los admiradores de la grandeza humana, un obra inapreciable para estimular sus nobles inclinaciones



CAMPANARIO DE HUMANIDAD, poemas, por *Samuel A. Lillo*. Santiago de Chile, 1938

Don Samuel A. Lillo ocupa un sitio único en la poesía chilena. En una edad de decadencia, en que los poetas se volvían hacia las intimidades recónditas de su alma, para encontrar en ella, como en el fondo del océano, la perla maravillosa de irisados matices, Lillo abría los ojos resueltamente al mundo exterior, y hallaba en el suplicio infernal de los mineros, en la pelea heroica del hombre con el mar, en la lucha del colono con la selva virgen, en todas las gestas de la raza, en suma, el tema de sus cantos viriles y musculosos, que quedarán como la epopeya de la conquista de la naturaleza por el trabajo. Sus poemas han llegado a todos los confines del país, se han incorporado a la tradición chilena, se han fundido con las epopeyas de la raza, a tal punto que no se puede mencionar la caza del cóndor o del puma, la pesca de la ballena, el roce, la vida del minero, sin que acudan a la memoria los versos con que don Samuel ha fundido en bronce estos episodios. Es el último representante de la poesía épica y sus cantos estarán en primera línea en el acervo literario de nuestro pueblo. El cantó la vida autóctona y potente de un Chile anterior al maquinismo, a la corrupción política, al materialismo sobreviviente, y sus cantos

serán el recuerdo indeleble de un Chile que desaparece y que fué grande por la pujanza del hombre y la magnificencia del escenario. Cuando él desaparezca, no habrá quien recoja sus pesadas armas, toda vez que la poesía, después de esta crisis de frivolidad y extravío que ahora sufre, tomará por caminos que aun no se columbran.

Lillo ha sido, además de un gran poeta, un excelente intérprete de sus cantos y esto ha contribuído a la difusión de su poesía, a su incorporación al sentimiento popular.

Acaba de celebrarse en Santiago el cincuentenario de la vida literaria de Lillo. Este aniversario, que encuentra a los más recogidos a sus cuarteles de invierno, ha encontrado a don Samuel firme y enhiesto en la arena literaria, con brío y entusiasmo que envidian muchos jóvenes y viejos de poca fe. Su vigor persistente es la mejor prueba de que el espíritu no envejece y de que sus cultores reciben algo de su gracia alada, vencedora del tiempo. Sólo el lastre material caduca y decrepita; el espíritu, sople del eterno, no tiene edad. Sin duda, a este predominio del espíritu sobre la materia se refirió Shakespeare, cuando dijo que algunos hombres estaban hechos de la materia impalpable de los sueños.

El nuevo libro, «Campanario de la humanidad», es una prueba del gran corazón y del alma excelsa del poeta. Por encima del cuidado primoroso de la forma, de las delicadas sugerencias, de la sonoridad y esplendor de los vocablos, se advierten el afán paternal por las vidas obscuras y dolorosas de los que sufren injusticias en «la cárcel de piedra» de la miseria y el abandono, la preocupación por el rescate de las nuevas generaciones, por la redención de las muchachas a quienes la indiferencia criminal de la sociedad arroja a los antros del vicio. Está animado de altruístas y nobles ideales, y sus cantos no aspiran a ser una melodía intrascendente y exquisita, dejando después la cabeza vacía de orientación y el corazón huérfano de entusiasmos. En él, antes como ahora, la poesía quiere rea-

lizar una misión social, comunicando sentimientos, despertando inquietudes y esperanzas inéditas, mostrando en el horizonte una vida más alta y más bella, redimida de los egoísmos y residuos de barbarie que envilecen a la vida actual. Como la flauta de Alcibíades, que rimaba el compás de los remeros en la galera antigua, sus cantos aspiran a orientar el esfuerzo colectivo, a hacer olvidar su dolor a las frentes inclinadas y sudorosas.

Pero Lillo no es solamente un poeta épico y civil, sino también un lírico delicado y profundo, y muchas de sus composiciones—entre ellas «Mi casa», publicada últimamente por «Atenea»—son aciertos de expresión de las más recónditas aspiraciones, de las más sutiles manifestaciones del alma humana.

En resumen, estamos ante uno de los poetas que ocupan más vasto espacio en nuestra antología y su libro, «Campanario de humanidad», sin ser uno de los mayores de su acervo, aporta nuevos sonidos a la orquestación wagneriana de su poesía.—D. PERRY B.



LENGUAJE DEL HOMBRE, poemas de *Luis Merino Reyes*.—
Talleres «La Nación», Santiago, 1938

No conocemos el primer libro de Luis Merino Reyes, «Isla de Música». Hemos oído decir que es superior a este «Lenguaje de Hombre». Sea como fuere, el volumen de Merino Reyes atrae desde su hermoso título y el lector no se arrepiente de la excursión a través de sus páginas. Existe hasta el placer epidémico de tocar sus finas hojas de papel couché.

A veces, ligeramente, recuerda otras voces. Pero esto no tiene substantiva importancia, porque sólo de manera aislada y en uno que otro verso se hace activa alguna influencia y con debilidad promisor, lo que indica que la personalidad de Merino Reyes la absorberá pronto y definitivamente.